

## INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA

### **Fernando Martín-Sánchez: IDEAS CLARAS. REFLEXIONES DE UN ESPAÑOL ACTUAL (\*)**

La BAC ha tenido el acierto de publicar de nuevo un viejo libro perdido en el olvido. Cumple así con un deber de gratitud con la persona y también un deber con la historia. Con la historia general de España y con la historia de la Iglesia de España. La edición es sustancialmente igual a la aparecida en 1959 con algunas ampliaciones que la enriquecen. Debemos, pues, felicitar a Alfonso Coronel, presidente actual de la Asociación Católica de Propagandistas, por haberla patrocinado y a José Luis Gutiérrez, alma desconocida de tantas cosas, de tantas buenas cosas, por haberla llevado a cabo.

Como bien se dice, Fernando Martín-Sánchez Juliá es hoy un desconocido para la mayor parte de los españoles. Y no debería serlo. Fue realmente un hombre excepcional. Y excepcional siendo, como dice su biógrafo, una "inteligencia sin pies ni manos" (pág. XIX). Tenerlos, los tenía, pero inútiles. Yo no sé si la Iglesia reconocerá un día oficialmente las virtudes de Fernando Martín-Sánchez. Que las tuvo. Si así lo hiciera, sería sin duda el patrono de los tetrapléjicos. Y la demostración más palmaria de cómo puede llenarse una vida tetrapléjica. Llenarse de actividad. Y llenarse de Dios.

Mi admirado y recordado maestro en tantas cosas, Eugenio Vegas, con escasas simpatías por la democracia cristiana y un alejamiento incordial de su otrora amigo y paisano —pues santan-

(\*) BAC, Madrid, 2002, CVII+946 págs.

derino era aunque hubiera nacido en Irún—, Ángel Herrera, me habló siempre con respeto y hasta con afecto de Fernando Martín-Sánchez. Y recuerdo como me dijo, rememorando una conversación con él, como vio que una molesta mosca se paseaba por su calva cabeza. Vaciló unos momentos y se levantó para espantársela. Entonces Martín-Sánchez le dijo: No te molestes, Eugenio. Estoy ya muy acostumbrado a convivir con mis amigas las moscas.

Alguna vez le vi, llevado en su silla de ruedas, en algún acto. No llegué a saludarle. Pero tenía muy presente su resignada actitud, no ante una molestia temporal sino ante su permanente incapacidad para casi todo. Sólo podía ver, oír y hablar. Y, ciertamente, rezar. Tras la lectura de este libro bien podemos decir que esas pocas cosas las hacía extraordinariamente. Fue, sin duda, una de las inteligencias más notables de la época. Y esa inteligencia la dedicó a la acción. Sería incansable dirigiendo, proponiendo, vigilando, aconsejando...

José María Sánchez-Ventura incorpora en esta edición una *Semblanza* de Martín-Sánchez (págs. XVII-XCII), escrita desde la proximidad personal e ideológica que nos parece muy insuficiente. El afecto le hace pasarse en el elogio: "sin duda el español más singular en su importancia intrínseca de todo el siglo xx" (pág. XX). "El español más excepcional por la calidad de sus muchas singularidades, de todo el siglo xx" (pág. XXVIII). Son muchas las personas notablemente más importantes que Martín-Sánchez en el pasado siglo español. No pretendemos hacer una lista exhaustiva pero, por mucho afecto que le tuviera Sánchez-Ventura, por muy amigo que fuera Martín-Sánchez de su padre y por muy Propagandistas que fueran ambos, nuestro hombre no resiste la comparación, en cuanto a la importancia, a Maura, Canalejas, Romanones, Dato, Primo de Rivera, Azaña, Franco, Ortega, Unamuno, Picasso, Escrivá de Balaguer, Gomá... E incluso, dentro de la Asociación a la que dedicó su vida, a Ángel Herrera. Me estoy refiriendo, por supuesto, a su importancia histórica porque los méritos ante Dios sólo los conoce Él.

Además, Sánchez-Ventura pasa como sobre ascuas por importantísimos momentos de la peripecia vital de nuestro per-

sonaje. Quiso hacer de él alguien políticamente correcto y calló, o apenas apuntó, lo que los lectores tienen derecho a conocer.

Martín-Sánchez representó toda su vida y, sobre todo, en los dieciocho años que presidió la Asociación de Propagandistas, una de sus corrientes. Bien podemos decir que la más derechista y mayoritaria de las mismas. E incluso añadiría que la mejor. Y ello no fue sin oposiciones, discusiones y contrariedades. El lector, tras la lectura de la *Semblanza* tendrá la idea de que presidió una balsa de aceite integrada por personas que sólo buscaban, concordes, lo mejor para la Iglesia y para la Patria. No voy a juzgar las intenciones de nadie. Pero problemas, y graves, los hubo. Mencionaré sólo tres nombres destacados de la Asociación, dos de ellos destacadísimos, que harán comprender al lector inteligente que el mandato de Martín-Sánchez fue difícil y complejo. La inicial oposición al Alzamiento de Angel Herrera, el exilio y la oposición monárquica de José María Gil-Robles y la oposición armada, al lado de la República y el posterior exilio de José Antonio Aguirre bastarían para augurar mil problemas. Ciertamente que la inteligencia de Fernando Martín-Sánchez y su *posibilismo* los sorteó con notable habilidad. Pero, en una nota biográfica, debería haber más constancia de ellos que apenas decir que "sufrió la envidia que produce la ejemplaridad y el odio que provoca la excelencia" (pág. XCI). Ocultar la historia no es hacer historia. Si se quiere, un sermoncillo que contente a todos y no disguste a nadie. Salvo a Clio.

La obra y la importante figura de Fernando Martín-Sánchez Juliá reclamaban un trabajo mucho más documentado, mucho menos personal y mucho más veraz que el que hizo José María Sánchez-Ventura. Estamos, sin duda, ante un intento malogrado. Muy malogrado.

Y entramos ya en el verdadero cuerpo de la obra que es el pensamiento de este madrileño (1899-1970) —su padre era segoviano—, expresado en una serie de discursos e intervenciones, fielmente recogidos, que abarcan prácticamente su vida pública.

Nos sorprende, por su repetición y por su extensión, la atención que Martín-Sánchez dedicó al fascismo italiano (págs. 107-

199). Del que acredita un notable conocimiento. Su análisis es mucho más descriptivo que valorativo. Si bien extraña que no haya muchas críticas expresas. Salvo las que se deduzcan de la propia descripción. En cambio, de los que en teoría eran sus próximos, los populares, no ahorra críticas, sobre todo por su coalición, tras el asesinato de Mateotti, con quienes eran sus declarados enemigos. No vamos a decir que estamos ante un estudio capital sobre el fascismo, pues no lo es, pero sí se trata de una exposición interesante hecha desde la contemporaneidad. Tampoco debe deducirse, de estas palabras nuestras, una benévola actitud de Martín-Sánchez ante el fascismo. Diríamos más bien que se coloca en una posición aséptica. Como si sus oyentes estuvieran capacitados para deducir sus propias conclusiones de la imparcial exposición de los hechos. Y, de cuando en cuando, alguna leve puntualización negativa. Como, por ejemplo, cuando se refiere a la autarquía nacionalista de la economía fascista... Aunque no duda en exponer los brillantes logros de esa política económica, al menos hasta el momento. También expresa sus graves reservas ante la prepotencia del Gran Consejo Fascista (pág. 159).

Ante el corporativismo, "concepto lleno de nebulosas" (pág. 162), se declara espectador y expositor de lo que los fascistas dicen que es (pág. 162), con alguna matizada crítica a la *Carta del Lavoro* (pág. 165).

Por fin, cuatro páginas de conclusiones (págs. 167-170). Algo decepcionantes. Ni liberalismo ni fascismo. Doctrina católica. Que recoja lo mejor de ambos que evidentemente está fuera de sus extremismos. Con un cierto guiño corporativista (pág. 170).

Textos, vuelvo a repetir, interesantes, reflejo de una época y de una determinada concepción política, si bien de escasa actualidad. Y que, con reservas y manifestación de contradicciones y de aspectos no asumibles del fascismo, encierran un talante corporativista en Martín-Sánchez, mayor en Martín Artajo (págs. 173, 200) y, no es aventurado asegurarlo, en toda la Asociación. Si bien la posición de Martín-Sánchez es más expectante y dubitativa (pág. 200) que en otros socios. Llegando, en una ocasión, a manifestarse abiertamente contrario: "Si con estas intervenciones

he logrado infundir en los circuhistas un santo temor al régimen corporativo y un santo horror a las penas del infierno totalitario me quedaré muy satisfecho por haber cumplido mi misión" (pág. 202). Pero, aun en su momento más crítico, ante sus palabras más claras, una matización que, si no las desvirtúa totalmente, rebaja temores y horrores. "Tanto la democracia absurda e inorgánica de la España de hoy como los regímenes políticos de Italia y Alemania son dos estados patológicos del cuerpo político y social; En el primero, el país es un loco suelto. En el segundo, un loco con loqueros y psiquiatras. Claro está que antes de que el loco se mate y dañe a los demás —caso de Rusia—, bienvenida sea hasta la camisa de fuerza. ¡Pero si pudiésemos evitársela a nuestra España!" (pág. 202).

Son textos de los años republicanos. Alguno incluso de la Dictadura de Primo de Rivera. Anteriores a cuando asumió la presidencia de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (1935) tras la renuncia de Herrera. Me he extendido demasiado en estas consideraciones sobre el fascismo porque Martín-Sánchez le ha dedicado muy extensas páginas. Repito que tienen un interés mucho más histórico que actual. Voy ahora a adentrarme en lo que sí me parece de absoluta actualidad del pensamiento y de la obra del segundo presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. En ello ahorraré citas pues harían larguísimas estas páginas. Y es el profundo sentido religioso de la vida y de la obra de Fernando Martín-Sánchez. Pocas veces ha sido más cierto aquello de que de lo que reboza el corazón, habla la boca. Fue un católico ejemplar que quiso su vida al servicio de Dios y de la Iglesia. Y eso enseñaba continuamente a los Propagandistas. Pero no era la suya una religiosidad individualista, vivida en la oración y en la cruz de su desgraciada realidad física. No, sus afanes religiosos eran apostólicos y comunitarios. No se quería él de Dios, que por supuesto que sí, quería a su Asociación y a su España, sus dos grandes amores terrenos, para Dios y su Iglesia. Es lo mejor de Martín-Sánchez. Y, a la vez, lo más actual.

Esos discursos tocaban temas muchas veces hoy superados, otras veces meramente organizativos, pero siempre en ellos está

la luz de Dios. Y eso es lo que les da una trascendencia que supera con mucho la contingencia temporal. Y que hace que aun pueda ser hoy útil su lectura. Util espiritualmente. Y, también, para la acción temporal de los católicos de hoy. Si los Propagandistas actuales, si los católicos de nuestros días, tuvieran el sentido religioso de Martín-Sánchez, otro gallo nos cantara. Al catolicismo español y a España. Es lo mejor del extenso libro y, sin duda, lo mejor de Fernando Martín-Sánchez.

Os dije que no haría citas. Todas serían hermosas. Muchas, hermosísimas. Pero no me resisto a transcribiros una que, siendo del 20 de febrero de 1936, tras el fracaso de las elecciones, sirve para hoy y para siempre. Como tantas otras que podría recoger: "Sobrenaturalizar nuestra acción y estar en la esperanza alegres, en la tribulación, pacientes, que ésta es la verdad y el fundamento de todo" (pág. 215) ¡Qué excelente programa!

Si a Martín-Sánchez le tocó suceder a Ángel Herrera en la presidencia de la A.C.N. de P. en los difíciles años finales de la República, pronto la tragedia de la guerra le colocó ante una situación crítica en la que perecerían —evidentemente no de muerte natural—, una sexta parte de los efectivos de la Asociación. Yo no sé si sus manos aun podían, físicamente, sostener el timón. Lo cierto es que, materialmente o moralmente, lo asió con voluntad firmísima. Y sin la menor duda sobre donde estaba la buena causa.

El 24 ó el 25 de marzo de 1937, Martín-Sánchez, que había conseguido pasar a la zona nacional y, tras las primeras vacilaciones de Ángel Herrera, aclara, supongo que en comunicación con él, que estaba en Suiza realizando sus estudios sacerdotales, la posición de Herrera entonces: "entiende su deber estar al servicio del Gobierno nacional, acatando sus órdenes" (pág. 225). Y no duda en calificar de "martirio" el asesinato de tantos propagandistas (pág. 225).

En septiembre de ese mismo año rechaza la imputación de secta que se había hecho a la Asociación (pág. 229), me imagino que desde sectores fascitizantes y totalitarios que pretenderían unirla al carro de la CEDA, a la que querían imputarle responsabilidades que ciertamente no tuvo. Y constata que la gran mayoría de los Propagandistas se encontraban entonces en los

frentes de batalla (pág. 232). Huelga decir en qué bando: Pero no era ello una opción individual de cada uno de los Propagandistas. La misma Asociación respaldaba la causa: "Tened esperanza en que Dios ensalzará a España conduciéndonos a una pronta y favorable victoria. Todo lo que os requieran las autoridades militares y civiles, todo lo que os pidan las autoridades eclesiásticas, realizadlo con pronta audacia y con decidido optimismo" (pág. 232), "en esta era de años triunfales" (pág. 234).

Y, desde el primer momento, el recuerdo emocionado de quienes ya son "propagandistas triunfantes", asesinados en la zona roja o muertos en las trincheras nacionales [págs. 235-236 (1938), 247-248 (1939), 256-259 (1940), 265 (1940), 277 (1940), 304 (1941), 351 (1943), 428 (1945), 445 (1945), 486 (1947), 541-542 (1948), 743 (1953)]. No es un calentón ante la sangre fresca de sus amigos muertos. Son muchos años de recuerdo martirial. Aunque, a sus entrañables muertos no quiere llamarles caídos [pág. 247 (1939)]. A buen entendedor...

Si no bastaran las reiteradas alusiones a los mártires podríamos aducir también las que hizo a la guerra, que para él fue "cruzada" (pág. 376), "guerra de liberación" (págs. 396, 621, 665) o "nuestra causa nacional" (pág. 648). O sus estrechas relaciones con Franco, que incluso fue a inaugurar su sueño, que vio realizado, del Colegio Mayor San Pablo (págs. 263, 307, 389, 600-604, 619, 720).

No pueden, por tanto, entenderse obvios y justos disentimientos como insolidaridad con lo sustancial. Estamos en junio de 1940, el nuncio de Su Santidad acude al domicilio de la A. C. N. de P., al acto iba a asistir también el cardenal Gomá, por quien siempre sintió veneración, pero su enfermedad, que en breve le llevaría al sepulcro, se lo impidió. El Presidente de la Asociación lo evoca con estas sentidas y significativas palabras: "La figura egregia, por tantos conceptos, del cardenal Gomá, Primado de España. Si en tiempos de los Reyes Católicos un cardenal de Toledo, el cardenal Mendoza, que tanto defendió a la religión y a la patria, mereció que se le denominara Cardenal de España, yo digo con plena convicción, con perfecta convicción cerebral, que el cardenal Gomá, cabeza de la Jerarquía española, que nos ha

defendido a los católicos españoles ante incompreensiones de algunos hermanos extranjeros, que ha comprendido y explicado ante el mundo la necesidad y la licitud de nuestro gesto y de nuestra gesta, bien merece que le proclamemos Cardenal de España y que al estilo moderno podamos decir hoy: Cardenal Gomá, Arzobispo de Toledo Primado de España, ¡presente!" (pág. 256). La alusión a la Carta colectiva del Episcopado español de 1937 no podía ser más meridiana. Y la concesión al "estilo moderno", comprensible y no entusiasta.

Me salto muchos discursos, bastantes de ellos circunstanciales y sin especial interés, repetitivos no pocos, pero casi todos ellos reflejo de su hondo catolicismo. Me detendré un momento en el pronunciado el 13 de febrero de 1943, agradeciendo al ministro Ibáñez Martín la Cruz de Alfonso X el sabio. Y por dos motivos. Uno de importancia ideológica, el otro, hermosamente personal.

Aludió, modestamente, a diversas actuaciones suyas por las que aceptaba una condecoración que quería compartir con todos aquellos que estuvieron con él en la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos de España y en la Asociación de Propagandistas. Y añade: "Si se condecora el valor cívico de luchar con la Institución Libre de Enseñanza con la palabra y la pluma en unión de otros universitarios (...) bien está también, para que se vea que en el Ministerio de Educación Nacional ha dejado de dominar el sectarismo y triunfa la idea de Dios y de España" (pág. 354). Hoy, en días de loa a aquella Institución sectaria y anticatólica, me parece importante recordar lo que Martín-Sánchez pensaba al respecto. Y que era lo que había vivido, sufrido y combatido.

Pero es lo siguiente lo que me importa resaltar. Aquel hombre, aun relativamente joven, apenas entrado en la cuarentena, atado ya para siempre a su silla de ruedas, incapaz de mover un pie o una mano, decía al amigo: "Una cruz, bien está; muy agradecido, querido ministro. Después de esta otra cruz con que Dios me condecoró, esta gran cruz que llevo inseparablemente unida a mi cuerpo, que me ha hecho alejarme de todo lo que son vanidades y locuras mundanas" (pág. 355). ¡Qué hermosas palabras! ¡Qué aceptación amorosa de la enorme cruz a la que estaba crucificado!



Llegamos a un discurso verdaderamente importante. No quiero decir que los anteriores no tuvieran mayor entidad. Unos más, otros menos, todos tuvieron su enjundia. Pero éste, pronunciado en Aranjuez en la primavera de 1946, con el triunfo aliado en Europa y negras incertidumbres sobre el futuro español, me parece especialmente lúcido. Y vamos a detenernos en él aun con conciencia de que esta nota crítica se va haciendo insoportablemente larga y más se asemeja a un artículo de historia. Dejo, pues, a los responsables de *Verbo*, en el caso de que quieran publicármela, la decisión de alojarla en la crítica de libros o en el cuerpo ideológico de la revista:

"La pregunta concreta, el interrogante que atenaza el ánimo de muchos propagandistas y aun de muchos católicos españoles hoy, es saber a ciencia cierta, aunque lo preguntamos con la desesperanza de que no se nos podrá contestar de un modo definitivo, ni acaso tenemos derecho a exigir esta respuesta, si la Iglesia en un pueblo católico como el de España, salvando siempre, ante todo su libertad, prefiere vivir —fijaos en la graduación descendiente de los verbos— 'tutelada', 'protegida', 'defendida', 'respetada' o si, abandonando totalmente esa gama de participios pasivos, prefiere, como en tantos otros pueblos donde los católicos no son ni la inmensa mayoría ni siquiera apenas minorías exiguas, vivir estos tiempos como entidad de derecho privado, con consecuencias públicas evidentes inevitables.

"Yo no quisiera tener la vanidad de llegarme a creer que es cierta la frase, que en alguna ocasión me refirieron, de determinado religioso jesuita, extranjero de raza, idioma y latitudes muy distintos a los nuestros que, partiendo de Italia, y anunciando que venía a España por primera vez, se le aconsejaba que era una temeridad su viaje y que acreditaba su valor por atreverse a penetrar en España, agitada y convulsa; pero el discreto padre respondió, pía y suavemente: "A pesar de todo, yo quiero visitar la única nación que hoy vive en gracia de Dios" (págs. 466-467).

El interrogante estaba planteado y la respuesta casi también con la confesión del jesuita. Pero no era todo blanco ni negro. Había grises. Además de la contraria circunstancia externa. Y a la privilegiada inteligencia de Martín-Sánchez, identificado en lo

sustancial, no se le escapaban nubes entenebrecedoras. Y las refiere con un apólogo: "Erase que se era un burgo próspero y tranquilo edificado sobre un altozano: Tenía su catedral, y su organización castrense, y su vida civil. Su existencia se deslizaba pacífica y tranquila, y ya que no gloriosa, por lo menos próspera; hasta que un día, los infieles de dentro, en combinación con los de fuera, se apoderaron del burgo, quemaron la catedral, arrinconaron y convirtieron la Plaza Mayor del concejo no en lugar de cívicas reuniones comiciales, sino en plazuela de motines y atropellos cotidianos. A tanto llegó el desorden, que los fieles reaccionando y los castrenses empuñando las armas reconquistaron el burgo; rodeáronlo de murallas, reedificaron la catedral y otras muchas cosas. Pero pasaba el tiempo y no acertaban a restaurar la Plaza Mayor, como areópago de concejos abiertos, areópago donde se desenvolviera la plenitud de la vida civil, y entre los fieles del burgo cundió la discrepancia y pudo llegar a hacerse grave. Todos estaban conformes en que era preciso que a todas las restauraciones siguiera ésa también, en forma adecuada a los tiempos nuevos. No eran pocos los descontentos. Algunos pensaron en horadar las murallas, en arrasirlas de nuevo. ¿Qué es lo que debería pensar una minoría selecta de católicos que hubieran habitado en este burgo? Pues, salvando ante todo y sobre todo la caridad y la hermandad, debería realizar con intensidad máxima todas las actuaciones de los principios católicos en público y estudiar una vez más, y releer la encíclica *Dilectissima nobis* y perpetuar su espíritu" (pág. 469).

Eran días en los que había que leer entre líneas. Pero las líneas estaban muy claras. Los Propagandistas, por la voz más autorizada de la Asociación, sostenían la reconquista del burgo, querían atenuaciones al totalitarismo y se reclamaban de la *Dilectissima nobis*, que era la encíclica de Pío XI en la que se denunciaba la persecución religiosa de la República. Pero de la República legal. No de aquel baño de sangre y destrucción que siguió al 18 de julio de 1936. Creemos que debió ser una de las primeras voces aperturistas que se dieron desde dentro del Estado nacido del alzamiento militar. Aperturista, sí, pero desde dentro y respetando las instituciones. Los ribetes nazifascistas

del Régimen eran ya impresentables tras la derrota del Fje y la Asociación de Propagandistas fue la primera prenda de apertura que entregaba Franco. Hasta donde llegó su eco no es cosa de dilucidarlo en estas páginas.

El citado discurso de Aranjuez, pronunciado en 1946, debió levantar ampollas y Martín-Sánchez acude presuroso a pincharlas el 8 ó 9 de septiembre de ese mismo año. Aunque en esta ocasión no estuvo demasiado claro. Como si se hubiera arrepentido de echar la piedra al agua unos meses antes. Resumen apresurado. No debemos buscar modelos en países de minoría católica. No es buena la identificación del Estado con la Iglesia ni la separación entre ambos, "en el término medio ha de estar nuestra virtud" (pág. 474). La influencia de la Iglesia en las leyes y en las instituciones públicas es deseable y, "no por imitar costumbres extranjeras, vayamos a caer en el error liberal de hace ya cuarenta años" (pág. 474), que personifica en Canalejas.

En 1952 se acentuaban las presiones, incluso eclesiásticas, a favor de la libertad religiosa y Martín-Sánchez, en el Colegio Español de Roma, en acto que presidió el cardenal Tedeschini y ante numerosa y selecta audiencia, hace una encendida defensa de la unidad religiosa (págs. 669-672). Al año siguiente, un discurso del cardenal Ottaviani sobre las relaciones entre Iglesia y Estado, con repetida y elogiosa mención de la situación española frente a críticas a la misma que provenían incluso de ambientes católicos, entusiasmo a Martín-Sánchez que publica al respecto un artículo en *Ya* que después será el prólogo a la edición española del discurso del purpurado (págs. 727-732). Evidentemente no era aperturista en estas cuestiones.

Y por no abandonar estos temas, en vísperas a su renuncia a ser reelegido presidente de la Asociación, en lo que hubiera sido su cuarto mandato, saludaba así al Concordato firmado con la Santa Sede: "Y no deben ser mis primeras palabras de hoy, como español y como Presidente de una entidad apostólica, sino para mencionar un acontecimiento singular que os ha llenado de gozo, un acontecimiento que pasa una vez en cada siglo: la reciente firma del Concordato entre la Santa Sede y España. El hecho es tan singular, que da al acontecimiento carácter ecuménico y universal.

Pensar que en pleno 1953 la santa Sede encuentra un Estado y encuentra un pueblo que firma un Concordato, y un Concordato de tesis, un Concordato que puede ser modelo, no es ya acontecimiento baladí, sino acontecimiento universal. Por tanto, yo quisiera que así como el Consejo de la Asociación se ha congratulado de que tres compañeros nuestros, Martín-Artajo, Ruiz Jiménez y Castiella, que, además —soy testigo de mayor excepción—, han procedido con el espíritu apostólico característico de los propagandistas, hayan tenido intervención en la tramitación del Concordato y ha acordado felicitarles, y ya hemos recibido la contestación; así también la Asamblea de Secretarios felicitará y expresará la gratitud de los propagandistas como hijos fieles de la Iglesia y como católicos españoles, a la Santa Sede por medio de la Secretaría de Estado y al Jefe del Estado español" (págs. 746-747).

No se puede negar que el, poco tiempo después, tan denotado Concordato, acogido en los días de su firma con tanto entusiasmo por Martín-Sánchez, fue obra de destacados propagandistas, respaldados, ciertamente, por el Jefe del Estado. Y recordemos que, además de su indudable valor como instrumento de óptimas relaciones entre la Iglesia y el Estado, tenía además otro añadido. Rompía el aislamiento de España ocasionado por la posguerra con toda la fuerza que suponía el reconocimiento de un Estado diminuto y, por supuesto, sin divisiones militares, pero con un inmenso peso moral.

Ya no era el presidente de la Asociación. Conservaba, por supuesto, el gran prestigio moral que le daban tantos años de servicio, y de servicio crucificado. Parecía imposible que, desde una silla de ruedas, se pudiera haber hecho todo lo que él hizo. Pero hay muchas clases de sillas de ruedas. La suya era la peor. En ella sólo estaba activa la cabeza. Y, ciertamente, el alma. No era Fernando Martín-Sánchez un triste despojo de la humanidad, abandonado a la caridad de sus familiares. Era persona activísima y estaba en la vida pública. Radio Nacional de España le pide en 1955 unas declaraciones sobre el discutido y discutible decreto de Unificación de FET y de las JONS en uno de sus aniversarios. El no había tenido nada que ver con aquello y aquello no había sido precisamente comprensivo con lo que Martín-Sánchez

y sus amigos representaban. La CEDA no había sido beneficiaria del mismo, *El Debate* no pudo reaparecer... No sabemos bien por qué se prestó a esas declaraciones. Tal vez el comprensible sentimiento de sentirse vivo una vez dejadas las arduas responsabilidades de presidente de la A. C. N. de P. No entra en pormenores del decreto. Ni siquiera lo alude. Pero manifiesta en días en los que ya se podían decir muchas cosas, y además sin comprometer ya a la Asociación, lo que seguramente era su modo de pensar. En todas sus manifestaciones, en años muy complicados, había sido cauto y prudente. En esta ocasión se nos antoja demasiado gubernamental, demasiado de FET' y de las JONS, si bien sin renunciar a los sentimientos sociales que últimamente venía postulando. Pero que tampoco, al menos en teoría y, seguramente parte, también en la práctica, eran ajenos al falangismo oficial. Según él, había que "crear el sistema representativo lejos del modelo liberal y parlamentario, incompatible con nuestro modo de ser, como la historia ha probado, y, en consecuencia, repudiar el sufragio universal por el que se pretendió calamitosamente que de vez en cuando y previos periodos de agitación específica, todos los españoles resolveríamos totalmente el rumbo de la Patria, impulsándola como el caminar de ebrio en un pasillo, bamboleándose a encontronazos pared a pared. Lo cual no quiere decir que cada español no sea oído y opine sobre lo que debe entender en su estamento correspondiente y en modo proporcional a sus posibilidades personales por escalones sucesivos de los que surja la auténtica representación nacional.

Sobre todo esto, el universal convencimiento de que no podrá haber estabilidad política sin estabilidad social. Por lo tanto, la transformación social es el problema de los problemas, la clave del bien común y el fundamento del bien del pueblo" (págs. 782-783).

Pura democracia orgánica teñida de preocupaciones sociales. Estas últimas eran redundante en él y no deben sorprendernos. Un corporativismo tan acusado lo habíamos visto apuntado en Martín-Sánchez pero nunca tan drásticamente propugnado. Tal vez él estuviera convencido de sus bondades pero al no compartir sus entusiasmos alguna, o buena, parte de la

Asociación, mientras la presidió se había mostrado más cauto al respecto.

También se dejó encandilar por el "Mundo mejor" del Padre Lombardi (págs. 785-787) que, cual gran falla valenciana pareció que iba a incendiar el mundo y que luego se disolvió como azucarillo en agua. Aunque si tenemos en cuenta que el mismo Papa se dejó influenciar por los sueños del jesuita nada hemos de reprochar a persona tan ignaciana y tan papal como él lo era.

En 1959, cuando ya estaban levantadas la condenas vaticanas, da un puntazo a Maurras (pág. 807), que viene a coincidir con la antipatía general al movimiento monárquico y católico francés de otros destacados propagandistas. Me parece un dato menor pero digno de mención. Así como la reivindicación del mayorazgo (1962) como modo de evitar la fragmentación de las fincas (pág. 839). Y un nuevo ataque a la Institución Libre de Enseñanza (pág. 849) por su caciquismo sectario en la provisión de cátedras. Estamos en 1962 y, por tanto, muy lejos de los resentimientos católicos de los años de la guerra y la posguerra por el parcialismo de los discípulos de Giner en la adjudicación de cátedras en los últimos años de la Monarquía y en los de la República. No se trataba de un calentón de Martín-Sánchez sino de un convencimiento que procedía de sus luchas juveniles, de su preocupación por la Universidad y del conocimiento de la misma. Y todo ello ya desde la serenidad de sus años finales. Y en 1964 volverá a repetir sus convicciones sobre la Institución (págs. 869-870).

No voy a transcribir una sabrosísima anécdota en la que interviene el cardenal Merry del Val, un propagandista y Don Juan Vázquez de Mella sobre Don Jaime de Borbón, pretendiente carlista. Tengo muchos y queridísimos amigos en esa Comunión y sé que sufren cuando alguien dice algo poco favorable de sus Reyes, en una fidelidad admirable que a mí me cuesta comprender. Pero ahí está lo sucedido (págs. 871-872).

Cierra el libro una serie de semblanzas de personalidades más o menos conocidas de la historia de España en los días de Martín-Sánchez. Las pronunció o escribió con distintos motivos:

homenajes, necrológicas... Tienen escaso valor, no digo que ninguno, pues en ellas se encuentra mucho más al amigo que al historiador imparcial (págs. 887-940).

El libro es repetitivo por lo que se hace pesado. Intimo, ya que casi todos los textos estaban destinados a la A. C. N. de P. Refleja muy bien lo que el sector mayoritario de la Asociación pensaba en unos años difíciles de la Historia de España. Trágicos algunos y complicados casi todos. Y en los que la obra inicial del Padre Ayala, enseguida moldeada por quien fue figura importantísima de esos años, Ángel Herrera, conducida con mano firme, tras el voluntario ocaso del santanderino, que como ave fénix surgirá de sus cenizas de nuevo para ser importante figura de la Iglesia hispana, por Fernando Martín-Sánchez, llegó a ocupar cargos decisivos en el Régimen nacido el 18 de julio de 1936. También los había ocupado en la República pero entonces nuestro hombre era sólo un brillantísimo joven, entregado con toda el alma a la causa y que apenas auguraba más que brillantísimos destinos.

La enfermedad, durísima, se los cerró. Pero, al tiempo, le convirtió en el piloto de la Asociación en su no fácil singladura. El piloto que sin manos asió firme el timón y condujo la nave a los puertos que llegó. Si la A. C. N. de P. fue Ángel Herrera, después fue Fernando Martín-Sánchez. Muchos y controvertidos años. Eso es indiscutible y surge sin duda de las páginas del libro. Pero ello me parece secundario. Como me lo parecen los voluntarios realistas, los neocatólicos, las juventudes mauristas o la A. C. N. de P. Importantes, o muy importantes, si se quiere, pero secundario. No es eso, aunque también es eso, lo que surge de las páginas del libro. Lo verdaderamente importante, en mi opinión, es la permanente actitud, obsesión si se quiere, de servir a la Iglesia. Porque Fernando Martín-Sánchez vivió para eso. Crucificado, ciertamente, pero activo como el que más. O incluso más que el que más. Dije que, si llegaba a los altares, que tal vez pueda llegar, sería, sin duda, el patrono de los tetrapléjicos. Pero también podría serlo el de los políticos católicos españoles. Eso es lo más válido de sus escritos. Y lo más actual. Su vocación de servir a la Iglesia desde la política. Y ya que él, por su inca-

pacidad física, no podía hacerlo, que lo hicieran sus propagandistas. Sus queridos propagandistas, a los que dedicó su vida, desde su silla de ruedas. Y a los que quiso, sobre todo, santos. Sus resultados en ello serían seguramente mediócras. Tampoco me siento capaz de un juicio valorativo de cosas que sólo conoce Dios. El, por lo que cabe deducir de su vida y de sus escritos, lo procuró de modo insigne. Y Aquel que en vida le condecoró con una gran cruz, no hacemos más que repetir sus palabras, le habrá condecorado ya con la cruz esplendorosa que entrega en el cielo a sus siervos buenos y fieles.

No me queda más que reconocer la buena labor de quien ha publicado unas breves notas introductorias a cada uno de los escritos de Martín-Sánchez y que, o mucho me equivoco, creo debió ser José Luis Gutiérrez, que tanto le conoció.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGÜÑA

**Teófanés Egido (ed.): HISTORIA DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS: PALENCIA, VALLADOLID, SEGOVIA (\*)**

Este volumen, el tercero del que damos cuenta de esta historia de las diócesis de España, está coordinado por el carmelita progresista Teófanés Egido (1936), crítico obstinado y poco convincente de Menéndez Pelayo, mucho más partidario de Lutero que de los jesuitas, cuya expulsión por Carlos III justifica, y de quien no vamos a decir más por cuanto de su autoría sólo hay tres intrascendentes páginas introductorias.

El sistema que se ha elegido para escribir este volumen es distinto del utilizado para las diócesis gallegas, en las que, de cada una de ellas se ocupaban varios autores que había que coordinar, cosa que no hizo el franciscano García Oro. Aquí es sólo un autor el que se ocupa de cada una de las diócesis, salvo en la de Palencia en que aparecen dos, por lo que apenas hubo

(\*) BAC, Madrid, 2004, 616 págs.